

can see the missionaries sparing no effort in trying to fulfil the evangelizing mission entrusted to them, and to establish the institutional framework needed for performing their work, whilst also facing an extremely challenging, if promising, environment. In reflecting on this work and its value for the rich historiographical tradition to which it belongs, perhaps it is time to draw on these studies of individual missionaries, favored by scholars in recent times,¹² to produce an overall history of the Vice-Province of China up to its dissolution with the worldwide Society at the end of the eighteenth century. In this regard, while well documented, Fortunato Margiotti's often-cited work perhaps no longer satisfies the discerning scholar, nor does it reflect the historiographical progress of the more-than-sixty years since its publication.¹³ Works like this volume under review certainly provide ample material towards the writing of such a history.

Ningbo University, China

Yinlan Wu

Thierry Meynard y Roberto Villasante, *La filosofía moral de Confucio: La primera traducción de las obras de Confucio al español en 1590*. Bilbao, Santander, Madrid: Mensajero, Sal Terrae, Universidad Pontificia Comillas, 2018. 247 pp. € 17.50. ISBN 9788427141896.

Ruggieri ha atraído nuevamente la atención de los investigadores por haberse puesto en valor el hecho de que hiciera la primera traducción al español de las obras de Confucio en 1590. En realidad esto es algo que en cierto modo ya se conocía desde hacía un siglo, cuando el agustino Julián Zarco Cuevas dio noticias del texto manuscrito con dicha traducción, conservado en la Biblioteca del Escorial. El manuscrito llevaba por título "Libro de la Moral de la

welcome about the reasons for seeking admission of 'bigamists' (pp. 56–57) and why the Hangzhou Church is described as 'Intorcetta's church' (p. 164), when Intorcetta himself calls it the church "olim fabricata dal P. Martino de Martinis" (ARSI, *Jap. Sin.* 163, 223v), and still known thus in Hangzhou.

12 Michela Catto, "Note e Rassegne: La Compagnia di Gesù in Cina in età moderna: studi e tendenze storiografiche", in *Rivista di Storia del Cristianesimo* 7 (2010/2), 535–36.

13 Il cattolicesimo nello Shansi.

China", y de él presentó un estudio en la revista *La Ciudad de Dios* (1921), citando incluso al traductor, Miguel Ruggiero, aunque no supiera identificarlo. Era una noticia temprana que no pudo valorarse pues no ha sido hasta las últimas décadas en que se ha estudiado la actividad de los jesuitas en los primeros estudios de sinología, y en particular la figura de Mateo Ricci.

La revalorización del documento empezó en 2016 cuando Eugenio Lo Sardo e Isabel Turull editaban y traducían al italiano dicho manuscrito en su libro *孔子 Confucio. La morale della Cina: ovvero il Grande Studio, l'Invariabile Mezzo e parte dei Dialoghi tradotti nel 1590 dal gesuita Michele Ruggieri per Sua Maestà Filippo II* (Roma: De Luca Editori d'Arte). Esta puesta en valor ha continuado con los jesuitas Thierry Meynard y Roberto Villasante (2018) que nos han ofrecido la versión del original en castellano, comentada y comparada con el texto chino, en el libro que comentamos.

¿Qué es lo que movió a Ruggieri a hacer dicha traducción? Para responder esta pregunta habría que empezar hablando del conocido proyecto de los jesuitas en China de estudiar las obras confucianas. Explica Villasante en la introducción (pp. 19-58) que Ruggieri llegó a Macao en 1579 con claras instrucciones de establecer contactos con el cuerpo diplomático y cultural de Macao, ganarse su favor, y sobre todo, aprender la lengua y cultura chinas, tarea que no le fue fácil al principio por la poca receptividad de los otros jesuitas, por la falta de profesores y materiales, y porque la lengua china de Macao era el cantonés. Pero en 1581 ya consiguió una residencia relativamente estable en Guangzhou que le permitió un proceso de inmersión en la lengua, convirtiéndose así en el primer sinólogo europeo. Esto facilitó las cosas para que se sumara a él su compañero Pasio, y poco después Mateo Ricci, llegado a Macao en 1582.

Tras varios desencuentros con las autoridades chinas –como el motivado indirectamente por la llegada a Macao en 1582 (aunque Villasante la sitúa en 1580) de una misión diplomática de españoles desde Filipinas, con el jesuita español Alonso Sánchez al frente– y nuevos reencuentros llegó a Ruggieri el permiso del virrey de las provincias de Guangdong y Guangxi, Chen Rui, para que pudiera establecerse en la ciudad de Zhaoqing. Además Ruggieri consiguió que el permiso se hiciera extensivo a sus dos compañeros. Allí residieron de 1582 a 1588, aunque con altibajos y expulsiones transitorias, dependiendo de la afinidad de los gobernadores locales. De hecho, en la primera de las interrupciones, en 1583, Pasio dejó el proyecto de China, al ser enviado a Japón. Sin embargo, cuando a finales de ese mismo año Ruggieri y Ricci volvieron, lo hacían esta

vez con permiso para construir una iglesia.

Durante estos años tanto él como Ricci estuvieron trabajando en la confección de un catecismo chino y desde 1583 Ruggieri empezó a traducir los clásicos confucianos al latín. Villasante da nutrida cuenta de los avatares de Ruggieri durante estos años, y en particular de su estancia en Shaoxing (1585-1587), en donde realizó varias conversiones entre los letrados. Pero en 1587 vuelven las dificultades para continuar en la misión de Guangdong, aunque Ruggieri lograra estar aún un año más.

El año 1588 fue decisivo en la vida Ruggieri pues el modo en que el visitador Valignano consideraba que debía superarse la crisis de Guangdong era mediante el envío de una embajada pontificia a Beijing, para la cual había que ir a Roma a proponerla, y Valignano pensó que Ruggieri debía ir a la ciudad eterna a proponerla. Aquí Villasante toma parte por Ruggieri al presentar esta decisión como una especie de conspiración de Valignano contra Ruggieri para eliminarlo de la misión de China, que se explicaría por razones de índole personal, pero difíciles de desentrañar pues las explicaciones que Valignano presentaba –edad madura en Ruggieri y dificultad en su dominio de la lengua china– no parecen convincentes. El caso es que cuando Ruggieri sale de Macao en 1588 camino de Roma es portador de una carta sellada para el General Acquaviva en la que Valignano le solicita que Ruggieri no vuelva a China.

A partir de aquí Villasante sigue narrando la vida de Ruggieri como si de un thriller se tratara. Llegada a Lisboa a finales de 1589 y preparación del viaje hacia Roma, y –siguiendo las instrucciones de Valignano– intentar pasar desapercibido por España, para evitar dar cuenta a Felipe II del proyecto de embajada. Naturalmente, no fue posible pues Felipe ya era rey de Portugal desde 1580, con lo que tras conocer la llegada de Ruggieri a Lisboa le invitó al Escorial para dar cuenta de las cosas de China, lo cual no parece que desagradara a Ruggieri. Y aquí viene lo que da sentido al libro que comentamos, pues es entonces cuando Felipe II le pidió que –antes de salir camino de Roma– tradujera al castellano las obras de Confucio en las que había venido trabajando. Y así lo hizo Ruggieri. Nos queda la duda de si tradujo directamente del chino al castellano, o de si, como parece más probable, llevaba una traducción previa en latín que utilizaría para hacer su versión en castellano. En cualquier caso, estaba produciendo la primera traducción de libros de la tradición confuciana a una lengua europea (excluida el latín). No obstante, como el propio Ruggieri explica en su introducción, solo incluía una parte de los famosos *Cuatro Libros* atribuidos a Confucio: el Daxue

(o el Gran Saber), el Zhongyong (o Gran Medio) y la parte inicial del Lunyu (o Analectas). Quedaba por tanto excluido el Mengzi (o el libro de Mencio), justificando que no pudo traducirlo por falta de tiempo. Estos textos son presentados en el libro que comentamos tanto en su versión original, como transcritos y comparados con la versión china, con gran cantidad de excelentes notas comentando el texto.

Esta presentación histórica y textual viene continuada por el estudio interno de la traducción hecho por Thierry Meynard, profesor de Filosofía en la Universidad Sun Yat-sen, en Guangzhou. En primer lugar, señala Meynard que Ruggieri habría estudiado los libros confucianos al menos entre 1584 y 1588, a la par que también lo habría hecho Mateo Ricci. A modo de prolegómeno, Meynard se plantea la cuestión de quién fue el verdadero traductor de una versión latina de los libros confucianos (más extensa que el texto del Escorial, pues incluye el Mencio), fechada en 1591-1592, firmada por Ruggieri, y conservada en la Biblioteca Nazionale di Roma (Fondo Jesuítico 1185). ¿Fue original de Ruggieri, o este utilizó la traducción de Ricci que hizo en esos mismos años? Meynard hace un repaso de las teorías de Pasquale d'Elia y de las de Francesco d'Arelli, las cuales se inclinan más bien del lado de Ricci, como la fuente de la que se sirvió Ruggieri. Pero Meynard se muestra contundente señalando en primer lugar que no hay razones que justifiquen la autoría moral de este texto por parte de Ricci; y en segundo lugar, que antes de los años 1591-1592, Ruggieri ya tendría un borrador en latín, que es el que utilizaría para hacer precisamente la traducción al español que entregó a Felipe II en 1590. Añade incluso que sería de gran interés seguir con los estudios del texto latino conservado en la Biblioteca Nazionale, para verificar esta hipótesis; trabajo harto difícil por las dificultades de conservación, abreviaturas, etc., para lo cual, añade, el texto del Escorial podría ayudar a cubrir alguna de las lagunas, aunque esté en español.

Lo que se acaba de exponer nos da pie para señalar que también podría ser de utilidad en este trabajo de reconstrucción del texto latino, otra versión idéntica de la misma traducción que hizo Ruggieri para Felipe II, y que ha sido descubierta por el autor de esta reseña en la Universidad Nacional de Taiwan, y que los estudios previos de Villasante permitieron la identificación de la autoría. Según la investigación que hemos realizado, y que va a ser publicada en 2021 en el *Boletín de la Real Academia de Española*, concluimos que la versión taiwanesa corresponde a una copia que hizo el propio Ruggieri del texto que iba a presentar a Felipe II, y

que encargaría para él mismo, por lo que no está tan ornamentada. La haría justo antes de presentar al rey la que se conserva en El Escorial, dándole así tiempo para introducir algunas pequeñas correcciones.

Meynard pasa después a preguntarse por la calidad de la traducción de Ruggieri, ¿seguía el texto original literalmente, o lo modificaba con interpretaciones cristianas interesadas o fruto del solipsismo? La pregunta es además relevante ya que una de las razones por las que Valignano apartaba a Ruggieri de la misión de China era su lenta progresión en el estudio del chino. Esta pregunta se la responde Thierry Meynard (pp. 59-78), recordando que los *Cuatro Libros* asociados a Confucio de la dinastía Han, fueron formalizados en un canon por Zhu Xi (1130-1200) durante la dinastía Song, y que fue esta la versión que siguió Ruggieri. En base a ese texto y a los comentarios del propio Zhu Xi, Meynard analiza el modo en que Ruggieri tradujo algunas nociones confucianas, como *junzi* (hombre de bien, u hombre virtuoso), o *shengren* (el santo, o persona con poder casi divino). Lo mismo hace con conceptos como *gewudu* (literalmente “investigando cosas”), que Zhu Xi lo identifica con una realidad intelectual y ética, mientras que Ruggieri, con un prisma neoplatónico lo traduce como “conocer las razones de los negocios y de las cosas”. Igualmente Ruggieri llevado de su formación en derecho civil y eclesiástico traduce *li*, como “leyes”, o “leyes y ceremonias”. Son varios más los usos de las nociones confucianas analizados por Meynard, por los que –no obstante algunas otras diferencias con la interpretación Zhu Xi en su compilación– le lleva a concluir: “La lectura cristiana de la traducción de Ruggieri no es excesiva, y se refiere únicamente a algunos párrafos. Debido a lo literal de la traducción Ruggieri transmitió con éxito la principal relevancia de los textos, que no tiene que ver con Dios o con la religión, sino con la filosofía moral y la política” (p. 78). Incluso va más lejos señalando que Ruggieri creó un marco de interpretación que fue seguido luego por Ricci y otros jesuitas en China durante más de 200 años. En definitiva, este libro es una aportación importante a la figura de Ruggieri, y su creciente relevancia en el campo de la primera sinología.